"Luna y el Bosque de los Susurros"

Había una vez una niña llamada Luna que vivía en el pequeño pueblo de Estrella Luz, un precioso lugar rodeado de montañas suaves y bosques espesos. Luna tenía nueve años, una risa contagiosa y una curiosidad tan grande que a veces le causaba problemas. Mientras otros niños jugaban con pelotas o veían dibujos, a Luna le encantaba sentarse bajo los múltiples árboles que tenía el jardín y ponerse a leer libros sobre criaturas mágicas, bosques encantados y objetos que hablaban.

Un día, después de una tormenta, mientras exploraba el borde del bosque, Luna encontró algo muy extraño: un árbol torcido con la corteza plateada y una puerta diminuta justo en el tronco. Se agachó para observarla mejor. No medía más de treinta centímetros de alto y tenía una aldaba en forma de hoja.

—¡Qué cosa más rara! —susurró, tocando la puerta suavemente.

Entonces, sin esperar una respuesta, dijo en voz alta:

—¿Puedo entrar?

En ese instante, la puerta se abrió sola con un chirrido lento. Una ráfaga de aire tibio y con olor a flores salió de dentro. Luna, sin pensarlo dos veces, se agachó y pasó gateando.

Cuando salió del otro lado, se encontró con un lugar maravilloso que nunca antes había visto, pero que algunas veces en los sueños había cruzado su mente, por lo cual tenía ciertos recuerdos de ella. Se encontró en un bosque completamente distinto. Los árboles eran gigantes y tenían hojas de colores brillantes: azules, fucsias, doradas. El cielo tenía un tono violeta suave, y desde lo alto caían motas de luz que no quemaban, pero iluminaban como si fueran luciérnagas flotantes.

—¿Dónde estoy? —dijo Luna, maravillada.

Entonces, una voz muy grave, pero amable, retumbó cerca:

—Estás en el Bosque de los Susurros, pequeña viajera.

Del tronco de un árbol viejo salió un búho enorme, con plumas grises y ojos que parecían contener todo el cielo nocturno.

—¿Quién eres tú? —preguntó Luna con respeto.

—Soy Mael, el Guardián de este bosque. No muchos humanos logran entrar aquí. Debes tener un corazón muy curioso y limpio.

—¿Qué es este lugar?

—Es un bosque mágico que vive gracias a los sueños y las emociones de los niños del mundo. Pero últimamente, algo malo está pasando. Algunos árboles están dejando de susurrar, los ríos han perdido su canto, y hasta las mariposas se han olvidado de volar.

Luna frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Alguien ha robado las Semillas del Recuerdo. Sin ellas, este bosque empieza a olvidar las historias que lo mantienen vivo. Se convierte en lo que todas las criaturas del bosque temen en que se convierta: un bosque normal.

—¿Y qué puedo hacer yo?

Mael inclinó la cabeza.

—Tú puedes encontrarlas. No será fácil, pero si lo logras, ayudarás a este bosque... y a ti misma.

—¿A mí?

—Lo entenderás en el camino.

Y así comenzó la aventura.

Mael le entregó a Luna un mapa hecho con hilos de telaraña que solo se leía cuando se lo miraba con los ojos del corazón, y una brújula que no marcaba el norte, sino la dirección de la valentía.

Luna caminó durante horas, cruzando prados donde las flores contaban cuentos, riachuelos que salpicaban en forma de palabras, y cuevas con paredes que mostraban sueños olvidados. Cada rincón del bosque tenía algo que enseñarle.

En su primer destino, el Claro del Silencio, encontró al Zorro del Tiempo. Él le habló con voz suave:

—Aquí se perdió la Semilla del Recuerdo del Pasado. Está escondida en un recuerdo triste que alguien quiso olvidar.

Luna se sentó en medio del claro, cerró los ojos y pensó en un momento triste de su propia vida: el día en que su abuelita se fue al hospital y no volvió. Lágrimas rodaron por su cara, pero no se apartó. En medio del dolor, recordó la sonrisa de su abuela, las tardes cocinando juntas, los cuentos que le leía.

Cuando abrió los ojos, una pequeña semilla plateada flotaba delante de ella.

—Primera semilla recuperada —dijo el zorro con una sonrisa.

Después viajó a la Colina del Eco, donde los susurros se repetían eternamente. Allí encontró a la Semilla del Presente, que sólo se revelaba si uno podía escuchar su propia voz entre todos los ecos. Luna cerró los ojos, respiró hondo y se escuchó a sí misma decir:

—Soy Luna. Tengo miedo, pero quiero ayudar.

Y el eco le respondió con claridad:

—Niña, yo puedo ver más allá que con los ojos. Por eso sé que eres valiente. Sigue adelante.

La semilla dorada apareció en su mano.

La tercera y última semilla, la del Futuro, estaba en la Cueva del No-Saber. Era un lugar oscuro donde todo era incierto. Luna tenía que caminar sin luz, guiada solo por su intuición. Tropezó, se cayó, se asustó, pero siguió adelante, hasta que sintió algo suave bajo sus dedos: la última semilla, que brillaba con todos los colores del arcoíris.

Cuando las tuvo todas, el bosque tembló levemente. Los árboles comenzaron a cantar, los ríos a fluir con música y las mariposas a danzar en el aire.

Mael apareció de nuevo.

—Lo lograste, Luna. Has restaurado el equilibrio del bosque.

—¿Y ahora qué?

—Ahora debes volver a tu mundo. Pero no regresarás con las manos vacías.

Mael tocó su frente con una de sus alas y, de pronto, Luna sintió que todo lo vivido quedaba guardado en su corazón.

Volvió a pasar por la puerta del árbol y apareció de nuevo en su mundo. Era de mañana. Todo estaba en calma. Pero ella, Luna, ya no era la misma. Sabía que el bosque existía, que la magia era real, y que las emociones —tanto las buenas como las tristes— tenían un valor muy especial.

Desde ese día, Luna comenzó a escribir cuentos. Historias de búhos sabios, zorros del tiempo y cuevas que hablaban. Historias que contaban que en lo profundo de cada persona hay un bosque lleno de susurros, esperando ser escuchado.

Y aunque nadie más supiera del Bosque de los Susurros, Luna lo recordaba siempre. Porque, como Mael le dijo antes de despedirse:

—Todo niño que escucha con el corazón, puede cambiar su mundo... y el de los demás.